

NOTAS

INDIGENISMO Y ANTROPOLOGIA: a propósito de un libro de Manuel Marzal*

Franklin Pease G.Y.

Pontificia Universidad Católica del Perú

El indigenismo ha vuelto a concitar la atención de los especialistas en México y en el Perú; es una vuelta endémica a un problema crucial que no deja de tener vigencia aunque, en nuestro medio haya sido objeto de relativamente pocos estudios sistemáticos. Manuel María Marzal S.J., nos ofrece ahora un refrescante panorama en el cual pasa revista a la antropología indigenista mexicana y peruana. Trabajo amplio éste que, sin descuidar la vasta trayectoria de un indigenismo históricamente presentado desde las crónicas clásicas, ingresa también en la polémica contemporánea. Es conveniente, entonces, resaltar dos méritos iniciales del libro: el primer lugar la revisión sistemática de múltiples posturas y postulaciones frente a lo indígena; en segundo término, la incorporación adecuada, aunque no agobiante, de opiniones y discusiones de diversos momentos sobre la temática central. Resultado de este largo trabajo es un libro que abre numerosas vías a la comprensión de la historia andina y mesoamericana, y aúna las ventajas del texto universitario a la propuesta de tesis explicativas que ayudan a precisar mejor la imagen de los mundos indígenas americanos.

El indigenismo es una actitud que, a lo largo del tiempo, ha mantenido a la vez dos criterios, muchas veces yuxtapuestos. De una parte, representa un ineludible etnocentrismo proveniente de una visión *desde fuera* de los mundos indígenas americanos, que se aprecia en los aspectos provenientes de la formación personal y la tradición cultural en que se encuentran inmersos los autores indigenistas, antropólogos, historiadores y ensayistas político-sociales. De otro, el etnocentrismo tropieza, colinda y colisiona con la búsqueda de una *incorpora-*

* MARZAL S.J., Manuel, *Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú*; Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima 1981, 572 pp.

ción al medio cultural dominante, primero, y con la esperanza manifiesta, después, en una *integración*, que tiene diversos matices, propuesta a nivel histórico y antropológico. Como un hecho aparte, aunque no necesariamente aislado, debe considerarse la búsqueda de un *nosotros colectivo* desde el indígena, más o menos aculturado, que se manifiesta en la actividad constante de la población indígena desde el siglo XVI hasta el presente. No es ausente en el entendimiento de esta actividad la discusión sobre síntesis y sincretismo en manos de la población en su resistencia a la occidentalización violenta iniciada desde el siglo XVI. Tanto autores específicos, como Guamán Poma, como también movimientos diversos en los Andes, y el ámbito mesoamericano, que pueden y deben ser analizados en torno a la búsqueda de la población indígena en pos de la adquisición (o de la recuperación) de un nosotros colectivo vinculable a la búsqueda de la identidad, de una identidad que oscila entre los fundamentos étnicos más arraigados y la formación nacional. Suponer que la búsqueda de una identidad nacional es ajena a este problema indígena sería silenciar el proceso histórico inaugurado con la invasión española del siglo XVI, continuado después en la confrontación, no solucionada en la realidad de la historia viva, entre distintas identidades que los historiadores y antropólogos de hoy parecemos inclinados —más bien obligados— a discutir y tratar de resolver en la búsqueda incesante de una identidad nacional lograble. No se me oculta que esta discusión puede ser ardorosa todavía, pero quisiera recordar aquí, a un año de su muerte, unas palabras de Jorge Basadre que centran la experiencia, el problema y la posibilidad obligada de su encaramiento:

“El fenómeno más importante de la cultura peruana del siglo XX es el aumento de la toma de conciencia acerca del indio entre escritores, artistas, hombres de ciencia y políticos. Dicho personaje es hoy un elemento fundamental en nuestra existencia colectiva aunque no sea el único en significación e importancia” Basadre, Jorge, *Perú, Problema y Posibilidad*, 2da. ed., Lima. 1978. 326).

Este reconocimiento tiene en Basadre, y ante nosotros, un doble sentido: por una parte la comprobación del hombre andino como un personaje de la historia del Perú; por otra, la evidencia de que su presencia histórica no es la única en la historia peruana. En otras oportunidades he hablado de este problema y de cómo es parte importante del quehacer intelectual y de la práctica diaria contemporánea en la búsqueda de la integridad imprescindible. Ella no será posible sin un enorme esfuerzo de comprensión. Parte de éste es el esfuerzo de Manuel Marzal en este libro que hoy presentamos.

Porque rastrear la forma y los criterios que se han empleado en el análisis del mundo indígena no tiene en Marzal solamente una justificación eru-

dita. Le interesa, y lo declara constantemente, ver cómo la postura y la voluntad etnográfica de los cronistas clásicos fue elaborando no solamente una imagen de lo andino o lo mesoamericano, sino también modelando sucesivas formas de conducta social en la sociedad colonial frente a dichos mundos. La sistematización buscada le obliga a distinguir entre los cronistas iniciales, los funcionarios, los “rebeldes y utópicos” que, como Las Casas, llevan a un primer “indigenismo crítico”. Añade después la voz indígena y mestiza, para concluir una primera y más amplia parte del libro con la crónica conventual y la visita administrativa. Lo que interesa a Marzal no es solamente pasar revista a lo que cada grupo realiza, sino señalar con cuidadoso detenimiento los pasos de su labor y distinguir ésta de su actitud ante lo indígena. Es así que distingue la “hipótesis de trabajo” subyacente al enorme esfuerzo burocrático realizado en el tiempo del virrey Toledo, que reflejaba una actitud que hemos visto repetida otras veces: cuando “un equipo de políticos... quieren probar una serie de hipótesis previas para justificar” en este caso la conquista (p. 131): Así, la utilización política de las informaciones toledanas puede ser vista de manera similar a otros casos en que el poder decide lo que la población requiere; esto es más grave cuando la decisión política afecta a una población como la andina a la cual no se llega “con simpatía (antropológica) y ‘desde dentro’ ” (*loc. cit.*), sino desde la decisión política urbana, arbitraria y, por qué no decirlo, absurdamente soberbia de nuestros últimos años.

En contraposición, se entiende mejor la actitud de “indigenismo crítico” que señala Marzal al hablar de Bartolomé de las Casas, del obispo de Michoacán Vasco de Quiroga, o del jesuita limeño Ruíz de Montoya. Sus intentos indigenistas tienen un tono distinto de los otros; ya no se trata únicamente de modelar las sociedades conquistadas, sino básicamente de rescatar sus derechos. Es demasiado conocido el caso ilustre de Bartolomé de las Casas y su lucha titánica por una justicia equitativa para el poblador americano. Al hablar de un indigenismo crítico, Marzal incluye claramente en él a “ciertas corrientes actuales del pensamiento antropológico mexicano y peruano, que cuestionan el indigenismo moderno, que trata de “integrar al indio a la sociedad nacional”, en nombre de la originalidad e independencia de los grupos indígenas, precisamente cuando la sociedad nacional había perfeccionado toda una serie de técnicas de integración de tales grupos. Por analogía, Las Casas puede considerarse indigenista crítico, porque se opuso tercamente a todos los procedimientos de asimilación y dominación de las sociedades indígenas americanas” (pp. 185-186). Indigenismo e integración llegan a colocarse, así, como antónimos. Es claro que se trata de los proyectos de integración desde el poder.

La Apologética Histórica de Las Casas ingresa junto con otros escritos

del insigne dominico al terreno del indigenismo crítico; integrar es establecer una relación múltiple y no sólo impositiva como le gustaría a las burocracias de todo pelaje, en consecuencia debe ser basada en la claridad de la comprensión, en el reconocimiento del indígena como personaje antropológico, como sujeto activo de una historia que le llegó, pero de la cual no debió ser nunca considerado un sujeto únicamente pasivo. A lo largo de su trabajo, Marzal describe los procedimientos de Las Casas, que llevan a considerarlo como una personalización del mito de la defensa del indígena.

Los proyectos utópicos, hechos realidad en el caso del insigne Vasco de Quiroga o en las misiones jesuitas del Paraguay, ocupan detenidamente la atención de Marzal. Se trataba en ambos casos de la realización de un ideal operativo. Los pueblos-hospital de Vasco de Quiroga o las reducciones jesuitas de Antonio Ruiz de Montoya señalan los hitos fundamentales de un proceso de "colonización indigenista", para distinguirlo del proceso general y conocido. La colonización de los proyectos religiosos requiere sin duda más estudio que el que hasta ahora se ha hecho; recogiendo viejos criterios empleados por las órdenes monásticas en la Edad Media europea, los colonizadores religiosos buscaron tal vez revitalizar el antiguo esplendor benedictino, con espíritu adaptado al mundo nuevo y a otros tiempos. El esfuerzo de algunas órdenes, la Compañía de Jesús, por ejemplo, por mantener su experimento al margen del proyecto general de la colonia puede llevar a interesante análisis al respecto. Marzal resalta la condición de frontera de las reducciones, que fueron asaltadas por expedicionarios paulistas, por ejemplo, lo que demuestra que no bastaron las buenas intenciones de un aislamiento protector, sino que incluso la autoridad colonial no fue capaz de proporcionar a los experimentos "utópicos" una cobertura adecuada a su esperanza.

Un ámbito de la obra de Manuel Marzal que reclama comentario aparte, es el que remite a la voz de los indígenas y mestizos. Largo ha sido ya el tiempo y el recorrido académico desde que Raúl Porras Barrenechea publicara un estudio monográfico sobre Felipe Guamán Poma de Ayala. Cuando aquel célebre historiador limeño editó su análisis de este cronista en 1946, inició una serie larga de estudios sobre un campo que hoy ofrece fértiles resultados. La lectura de Guamán Poma, generalizada y profundizada en los últimos años, va ampliando generosamente las fronteras de lo andino. Abierto a los lectores casi tres siglos después que Garcilaso de la Vega, supone puntos de vista distintos frente al ámbito del indigenismo de los hombres andinos, aún mestizos. Garcilaso y Guamán Poma significan a ojos nuestros dos maneras de hacerse peruano en la

historia, sus divergencias y cercanías deberán dar motivo a mucha discusión todavía, pero Marzal busca un paso adelante en este sentido. Ambos etnógrafos, como Sahagún en México, vieron el mundo indígena con profundidad indiscutible. Marzal recoge la imagen unilateral del país del XVI, que Garcilaso precisa en su célebre dedicatoria de la *Segunda Parte de los Comentarios Reales*, en una unidad supraétnica (pp. 254-255), que reúne a los hombres andinos, mestizos y criollos, y la relaciona con la instrucción reservada de 1782, donde la Corona española reconoce *de facto* las consecuencias de una república de indios ampliada, cuando mandó recoger los ejemplares de los *Comentarios Reales* que circulaban en el virreinato peruano. Aquí hay una variación importante de la imagen de Garcilaso y de Guamán Poma: en el último parece mucho más clara la noción de la identidad andina posthispánica, producida justamente a raíz de la república de indios estatuida jurídica y prácticamente por el régimen colonial.

Resalta Marzal la comparación inicial de Raúl Porras en la relación del proyecto político de Guamán Poma, vinculable al de Vasco Quiroga. Guamán Poma propuso en su carta al rey de España dejar la administración colonial en las manos de los curacas (propuesta similar a la que había sido alentada algún tiempo antes por los dominicos lascasianos en el Perú), formulando de esta manera una imagen distinta en su esencia al proyecto colonial vigente. Pero donde hay un tema que provocaría polémica en su libro, es cuando Marzal compara los testimonios andinos con los mesoamericanos. Mucho se ha escrito sobre el valor de los códices mexicanos; nadie lo dudará en muchos de sus aspectos, pero es visible que aún está abierto el camino para una muy amplia discusión sobre el valor histórico y testimonial de los mismos. Quizás, como no se conoce una cuidadosa filiación de los textos —cosa que se ha hecho mejor para las crónicas clásicas— podremos tener aún muchas novedades interpretativas, sobre todo al nivel del análisis de las categorías empleadas por los autores de códices coloniales: esto es válido para el estudio de la vida religiosa, de la económica, de la política. Falta, en la amplia exégesis historiográfica del México actual, una línea de investigación iniciada por los indigenistas criollos, al final de la colonia, como Fray Servando Teresa de Mier, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, y que buscaron fundar la nacionalidad mexicana moderna sobre bases tales que no ignoraran un patrimonio histórico que relacionaba el pasado prehistórico con el colonial. David Brading y Jacques Lafaye se han ocupado de esto en los últimos años. En el Perú, sólo Pablo Macera había incursionado en el indigenismo colonial tardío: sigue siendo un campo virgen el utopismo indigenista de aquella época.

Un ámbito donde es también refrescante el libro de Manuel Marzal es lo que corresponde a los cronistas coloniales y los visitantes de idolatrías, si

bien es uno de los temas más conocidos de los que trata. Nos falta mucho diálogo todavía, y mucha búsqueda, en torno a esta larga temática vinculada no solamente con la evangelización, sino con uno de los mejores auspicios para conocer la religiosidad andina. Mendieta en México y Calancha en el Perú son dos buenos ejemplos para el análisis de la crónica conventual, a medio camino entre la evangelización y la etnografía. Se preocupa Marzal por los mitos que los cronistas recogieron, destacando por ejemplo la cristianización de que fueron objeto; sabemos hoy que ese conjunto de modificaciones no fue privativo de los cronistas americanos que recogieron mitos clásicos de los viejos mundos en que entonces se hallaban como hombres nuevos, pues en el espíritu revividor de las glorias clásicas grecolatinas que tuvo su auge entre el humanismo y el renacimiento, los mitos griegos fueron, por ejemplo, transformados en alegorías, donde la ficción y el doble sentido las modificaba sustancialmente. Los cronistas conventuales que recogieron tantos datos de sus colegas visitadores, no evitaron, ciertamente, la cristianización de los mitos que recogían. Cada vez se va ampliando más el horizonte en este sentido, desde que en los albores del siglo XVII hizo crisis en los autores de entonces la preocupación por los orígenes de los americanos y por la relación que debían tener, según los criterios de la época, con la historia bíblica, única conocida como verdadera en aquellos momentos.

El crítico manual que Marzal ha ido construyendo cuidadosamente llega a su culminación con el estudio del indigenismo moderno. En México y en el Perú, por cauces distintos y motivaciones diversas, surge un indigenismo en los años 20 de este siglo. Marzal estudia detenidamente a los primeros, que hicieron clásico el movimiento mexicano, especialmente entre Manuel Gamio y Gonzalo Aguirre Beltrán. No voy a detenerme aquí en un análisis del indigenismo moderno, pero quisiera señalar algunas pautas para una investigación futura en torno a los movimientos pro-indígenas en el Perú del XIX. Es conocida la publicación de una sección del diario *El Comercio* a mediados del siglo pasado, donde se reunían informaciones y alegatos en torno a la situación indígena. Fue allí donde hubo páginas de discusión en torno a Juan Bustamante, y donde éste hizo tribuna; también la "Sociedad Amigos del Indio" (no voy a discutir aquí si se trató de un indigenismo proteccionista o paternal); allí también salieron las páginas con que Francisco de Paula González Vigil inauguraba el lascasianismo peruano, con un estudio sobre el prócer dominico que no tenía precedentes en el país. Pero no fueron casos únicos. Cuando en el siglo XIX mismo el jesuita Ricardo Cappa propalaba a los cuatro vientos una visión denigrante de los hombres andinos y atacaba a Las Casas, el dominico Vivente Nardini publicó una ardiente defensa lascasiana que apareció primero en el periódico *La Rosa del Perú*, y después en un folleto de 1888. El indigenismo del siglo XX tuvo antecedentes más remotos que éstos en los autores del XVIII que reclamaban un me-

por tratamiento de la población andina y que ya mencioné como estudiados por Pablo Macera. Vale la pena un recuento general, pero sería excesivo para esta ocasión.

Como un puente para una investigación futura, Manuel Marzal reclama la del indigenismo moderno en el Perú. Sin la detenida visión de la antropología indigenista de la colonia, la parte final de este libro que ingresa en la historia de las ideas indigenistas se ocupa de los últimos cincuenta años. La reciente historia del indigenismo ha llamado la atención de los autores interesados en la vida intelectual y social del siglo XX en el Perú. Al revisar la problemática sobre la base de algunos de los autores más representativos, Marzal no agota el problema; su intención es abrir la puerta a una presentación sistemática que equivalga a la que él ha hecho de los autores y las ideas de la colonia. Si bien es cierto que esto deja al lector frente a una cierta indecisión, lo coloca clara y friamente frente al vacío notorio que la historiografía peruana no ha llenado todavía: el análisis del pensamiento histórico del Perú republicano está dramáticamente en ciernes, y no podemos hablar sino de tímidas aproximaciones a una historia de las ideas. Por ello no debe sorprender que Marzal suspenda su análisis pormenorizado y se remita a una inicial enumeración cualificada. Pero ello no lo inhibe de proporcionar su opinión sobre la naturaleza y los alcances del "problema indígena" en la actualidad, a la cual llega después de pasar revista a las más recientes discusiones sobre la problemática indígena en América Latina.

Preocupa, finalmente a Marzal, la situación de las sociedades indígenas en los tiempos actuales. No se me oculta que hay condiciones, que él señala, que pueden llevar a soluciones a nivel constitucional o legal. Desde hace tiempo, la prédica indigenista consistió en la defensa de la lengua (de las lenguas), del territorio (es decir de un habitat concebido de una manera distinta a la forma como lo ve la sociedad oficial); etc. el indigenismo oficial o el contestatario han discutido también sobre la incorporación de las sociedades indígenas a las sociedades nacionales manipuladas por la vida urbana. Está vigente una discusión sobre conciencia étnica o conciencia nacional entre los grupos indígenas, sean éstos minorías marginales o mayorías mucho tiempo silentes. Sigue presente la pregunta que alguna historiografía reciente trata de responder, sobre cuáles fueron a fin de cuentas las identidades coloniales y cuál la que se ha formado después de ese tiempo; lamentablemente, estamos mucho más cerca de las propuestas metamente declarativas. En conjunto, estamos rescatando al hombre andino como un personaje histórico, es cierto, pero también es verdad que los grupos de poder y las doctrinas al uso político siguen sectariamente tratando de incluirlo en un clientelaje contemporáneo, casi siempre justificado a partir de cualquiera de las formas que tome una ideología de la justicia, que no es lo mismo que

una ideología justa.

Quizás, por ello Manuel Marzal reclama un análisis de la actitud y del papel del antropólogo, quien debería sobrepasar la condición de mediador. Mediar o integrar puede ser la próxima pregunta, y ya no corresponde solamente a la reflexión antropológica o a su ejercicio. En la construcción del Perú, reconocida hasta la saciedad la presencia indígena, pasada y presente, no puede estar ausente la voz indígena misma, sin la mixtificación de los mediadores (auto-mediadores), y debemos aprender a escuchar dicha voz. Sabemos que ello es difícil y requiere de un aprendizaje vigilante y mutuo, si queremos organizar un nosotros de veras colectivo en el país. País nuestro andino y urbano hoy, insoslayablemente unido y dramáticamente no coincidente, que trabajos como el de Manuel Marzal nos van ayudando a comprender.

Julio 1981